BASTARDO

Novela Corta de Ficción

Federico Villalobos R

2022

JUEGO

Fritz acababa de regresar de jugar al escondite. Se juega mucho en su pueblo. Lo hacía cuando sus vecinos lo convidaban. Le gustaba más cuando era mixto. Sus diez años lo hacían apto para ese juego. Los sentidos estaban más agudos. Le gustaba. Su mirada impaciente y fija en todo su alrededor estaba llena de vida y expresión. Era asunto de niños. Algunos vecinos eran tan buenos que no volvían a aparecer. Fritz sospechaba que habían sido llamados a estudiar. Su padre, el de Fritz, observaba el juego sentado en una mecedora. Había estudiado en la universidad de la vida y era muy dado a hablar. Era un hombre acomodado y muchos comerciantes venían a consultarlo. No daba consejos si no recomendaciones porque la gente le gustan los rumores. Y echar culpas. Muchos le tenían afecto y a los niños les gustaban sus historias. Intentaban vestirse bien cuando lo visitaban. Llevaban botas o zapatos con polainas. Siempre los sentaba en un pequeño taburete de madera forrado con cuero. Las mecedoras de madera las habían traído de Mompox y eran para él. Detrás de ellas siempre se escondía algún vecino. A Fritz le gustaba balancearse en ellas. En esa época la gente se sentaba en la entrada de las casas. Hablaban sin protestar de algunos temas pero negaban su participación. Se divertían. Tomaban café de cuncho o chocolate Gironés con pan y queso de

Cáchira. Como eran compasivos con los peregrinos invitaban al que iba pasando. Luego miraban a los niños jugar. Corrían con sus tenis del colegio y sudaban. Muchos tenían remendados con parches sus pantalones. Esperaban la noche y recibían el viento fresco de la tarde. El fin de la tarde lo indicaban las aves. Regresaban en formación de cuña a las cinco y media. A veces se iba la luz cuando los loros hacían corto en las bombillas de la calle. Pero Fritz había ganado el juego. Hizo méritos para el ocaso. Se había escondido detrás de un árbol de Cedro. Creía en sus habilidades y en sus buenas acciones. Llevaba en el bolsillo de su pantalón su navaja Suiza. La de mango rojo que le había regalado su abuela. Mientras estaba escondido comprobaba si todavía la llevaba. Pesaba. Le daba suerte. Con la navaja retiraba la corteza de los árboles de Caracolí en diciembre. Eran las tejas del rancho de su pesebre de navidad. Lo hacía todos los años con su abuela. La amaba porque ella lo crio. Su abuelo había muerto cuando era pequeño pero si podía recordarlo. Viajaba mucho visitando matasanos. Era vendedor. Con su abuela cortaban las espigas de las gramíneas donde se balancean los pequeños pájaros en busca de semillas. Pegaban todo con harina de yuca. A Fritz le daba la impresión que no tenía más familia. A menudo a Fritz lo delataba Marcos durante el juego. El celador de unos potreros aledaños a su casa. Era

un hombre lleno de defectos y sentimientos poco delicados. Vivía en la miseria absoluta. Decía que había estudiado en su juventud inglés y alemán y había tocado la guitarra. Sus padres querían se buscara una novia acomodada. Una mujer sin necesidades y de habilidades para el baile y la pintura. Su humeante tabaco de Piedecuesta lo hacía hablar mucho y delataba la posición de los jugadores del escondite. Así había perdido su mano en la guerra. Y sus compañeros también. Decía que si hablaba alejaba los moscos. El humo evitaba que se estrellaran directo a sus ojos como los pilotos Japoneses. Sus enemigos. Los que le habían quitado su mano con una espada. Parecía que fue con dinamita pescando. Por eso siempre llevaba su antebrazo dentro del bolsillo del pantalón. Fritz llegaba después del juego con hojas y flores y a veces raíces en su ropa. Ocultas también unas hormigas. Pero el juego es la cura contra todo miedo a la muerte. Su padre había escrito varias fórmulas sobre buenas medicinas. Combinaba plantas. Reparaba lo dañado. Fritz sabía que no había cura definitiva con las plantas pero la vida fue después para él como el juego del escondite. El juego le había enseñado que no era invulnerable. Fritz hacía una pausa en su juego y comía. Su mamá le hacía caldo de papas con huevo y arepa. A veces le revelaba sus secretos de cocina. Era el queso que le agregaba al caldo y las galletas de

soda. Luego de vuelta al juego la calle era tierra de nadie. Ya no había conciencia de salvar ningún compañero de juego. Los nervios no estaban destrozados en ninguno. Era como ir a la guerra después de haber sido herido. El concreto de la calle ocupaba más terreno. El hambre había limitado sus horizontes para esconderse. El juego iba muy rápido. Hacía que la vida se viviera bien.

- Yo también jugaba – dijo Alex su padre.
- ¿Y también tenían reglas? – dijo Fritz.
- Muchas. Algunas veces había que empezar de nuevo.
- La regla del salvavidas.
- La misma. Pero eso hacía el juego más largo y divertido.
- Yo me tropecé con una raíz y perdí. No toqué el punto de salvación.
- Una vez me escondí con una vecina en el mismo lugar. Ese día me enamoré. Estaba cansada.
- Fantástico. ¿Y la besó?
- No. Pero me gustaban sus rizos dorados. No era un buen partido para ella. Eso dijeron sus padres.
- ¿Se negó? ¿Empezó a llover?
- Sí. Estaba ciegamente enamorada de un vecino que hacía ejercicio en las barras. Le dejaba cartas en el buzón. Le costaba dificultad la escritura.
- Aspiraba a mucho. ¿Era inteligente?

- Si. Se embriagaba en el amor mientras jugaba con nosotros. Salía rápido del juego. Sospechábamos que lo hacía a propósito.
- Yo quiero ser bombero o policía. Eso les digo a todas. Pero hacen mala cara. ¿Me habré portado mal con ellas?
- No. Ya reconocen los abismos sociales. Los hombres creemos lo opuesto a lo que ellas quieren. Se enseñan entre ellas.
- ¿Morimos entonces? Algunos se lo preguntan.
- No. Pero si ven nuestras actitudes sospechosas.
- Mi mamá dice que el ejercicio es cosa de imbéciles. Su hermano le dijo. ¿Él es algo imbécil?
- No debe creer todas las estupideces que se dicen. Nunca han jugado escondite en la oscuridad.
- Los que empezaron a quemar basura nos dañaron el juego.
- Eso de los demás siempre huele mal. Usted huele mal. El sudor. Mejor báñese. Que su mamá le aplique acetato de aluminio.
- Bueno. Mañana me esforzaré y luchare más en el juego. Ojalá sea mixto.
- Cada cual con sus armas. Esas no sirven después de muerto.
- Usted vive en un mundo. Yo en otro.
- Piensa mucho para tener diez años.

HIJOS Y NIETECITOS

Fritz había tenido un lúcido grado. Don Fritz. Lo llamaban ahora así. Posiblemente tenía origen noble. Este se acrecentaba cuando pasaba caminando frente a la fábrica de café y chocolate. No tenía placa en la puerta. Solo sabían que ahí era por el olor y la fragancia a café tostado que salía en las tardes. Frente a la molienda estaba Gaga. Junto a la orilla de la carretera y con su casa de patio fértil y sin ondulaciones. Fritz le había regalado las puertas y las ventanas. Eran de hierro. Hierro forjado. También la nomenclatura que la había conseguido donde hacen las lápidas para el cementerio. Tenía dos árboles tan próximos que la sombra atraía a algunos perros de la calle. También pájaros. En la pata del tronco siempre había una ollas viejas con agua para los perros. Bachiller con honores que había trabajado en Telecom. Ahora vivía del comercio de café y chocolate. Le vendía a las habitaciones vecinas. Vendía porque todavía existía la fábrica. El padre de Fritz había sido el gran arquitecto de la ciudad. Imaginado y deseado. Legendario. Gaga tenía setenta y seis años y pico. Un milagro para él. Estar vivo después de tantos percances y sufrimientos. Insultos y golpes. Recitaba una plegaria que estaba escrita en un papelito blanco: No mires mis pecados… Un sencillo y cariñoso mensaje. Parece que le gustaba a las palomas que hacían nido

en su techo. Esas palabras eran un polvo medicinal para él. Como raspado de una pared con la figura de un santo. Un polvo blanco como la eterna enfermedad del cabello. Se complacía con un regocijo general cuando veía a Fritz. Lo creía una persona distinguida y deseaba para él fervientes parabienes y augurios de brillante porvenir. Siempre se alegró del grado de Fritz. Lo consideraba valioso y valiente. No como los niños que jugaban en la calle y se asustaban cuando alguien gritaba el Coco. Una estupenda biblioteca estaba dentro de su casa y en sus visitas entonaba arias de poesía musical antigua. Una bella voz grave. Quería influir en la cultura de Fritz pero este se reusaba a esa música. Tenía la propia y sus propios gritos y sus ecos. Fritz siempre le obsequiaba los jueves un billete de mil pesos a las cinco de la tarde. Gaga siempre lo revisaba con sus lentes de gran aumento y mostraba una sonrisa de satisfacción. Tal vez porque no había logrado transmitirle sus pensamientos a Fritz ni enviarle sus pecados. Pero había sido liberado de la pesadilla del hambre del cuerpo. También de la de su alma. No del agua fría que acompañaba sus alimentos. No le tenía pavor. Le faltaban algunos dientes que había perdido durante la guerra. En la marina remontando la mar. Allá le gustaba encender su tabaco Cubano con un encendedor metálico que siempre guardaba en su bolsillo. Llevaba

en su billetera un almanaque de 1982 laminado que le habían obsequiado en Santa Marta. Venía en una ropa vieja que le habían dado cuando lo confundieron con un pordiosero. Eran otras fechas que habían vivido otros pero tenía la dirección de un centro botánico. Donde vendían las contras. Creía en el poder medicinal de los vegetales como los Samarios. Le habían sido útiles cuando fue un muchacho con manos delicadas y rosto con espinillas. Y en la química mineral como los Monterianos que prefieren ser buenos partidos a ser de buena disposición. Y en la química orgánica de los alcaloides como los Riohacheros de movimientos graciosos y el encanto de su música. Era bachiller Cartagenero y allí había aprendido a ser muy sincero. El favorito de las clases altas pero victima por su origen. Suficiente para aquella época de estrechas gargantas laborales y abruptas montañas de hambre. Castillos y conventos. En el otro bolsillo de su pantalón de lino a rayas que le daba confianza y combinaba con el color de sus ojos llevaba un poco de tierra blanda esperando que adquiriera consistencia como piedra. Similar al deseo de agradar a todos. Y por eso no creía en la suerte. Siempre compraba la lotería los viernes y antes miraba su diploma que lo había tapado con una foto. Las contradicciones y su encanto eran lo suyo. Pero no las gentes caprichosas ni las leyes del gobierno. Él tenía las propias. Por

eso cuando veía a Fritz ponía una cara agradable. Eran muy diferentes.

- ¡Fritz! Mi casa ha aguantado la lluvia de ayer.
- La construyó bien.
- Lo hice para vivir y trabajar en ella.
- Lo va a llenar de recuerdos.
- No de zancudos. Ya instalé los angeos.
- No la pintó de blanco.
- Estoy sano. No quiero abandonarla.
- Ha sustituido usted la vida de la mar.
- La recuerdo todo el tiempo. Y volveré pronto.
- A mí me gusta pescar. Un día era de un país y al rato de otro.
- Le gusta ser pirata. Yo voy a construir junto a la mar. Luego a pagar impuestos.
- Iré a visitarlo. Cuando usted quiera.
- Usted es libre. Quiere estar donde está.
- Tarde veinte años en darme cuenta. Acepto la vida de igual forma que un árbol.
- Ahora estoy solo. Vivo solo. Me alimento yo solo.
- Esta usted como los dentistas que observan el hambre en la dentadura.
- Solo leo, escribo, me zambullo en la mar.
- Yo no le abro la puerta a los religiosos. Tan variados. A veces son enormes y llevan sombrillas.
- En el ejercito querían que yo matara al dragoneante. Ellos me apoyaban. Mis compañeros.

- Dirían que fue un accidente y luego se retractan.
- Por eso no tengo compromisos con la gente.
- Usted es valiente. Un hombre antes que soldado. Y duerme usted sin narcóticos.
- No me gusta jugar a los asesinos. Ni aspirar a ser chofer después de entregar las botas.
- Yo tampoco soy imbécil.
- Hay mucha depravación en la gente.
- Así es la ciudad. Tampoco me libra de ser así.
- Hasta los periódicos solo tratan esos temas. Después se los doy a la vecina. Para las jaulas de las gallinas.
- En el océano es otra cosa. Todo es tóxico y mata.
- ¿A qué hora llegan sus hijos y nietecitos?
- Pronto. Mejor hablamos en otra ocasión.
- Hasta luego.

Fritz sabía que la vida cambia en cualquier momento. Gaga se lo había enseñado.

VOLUNTARIO

Fritz había llegado a Santa Marta. Era la marca que había dejado en su calendario programador. Una anotación con bolígrafo. El que colgaba del brazo de una antigua lámpara de tres bombillos. Fue un 25 de abril. Ahora estaba en la ciudad que conoció de niño con sus padres. Y su abuela. La que aparecía en unas fotos viejas. Estas registraron la compra del pescado y el camarón. Su abuela le preparaba huevos revueltos con camarón. Igual que en Buenaventura con la Piangua. La que hacían las abuelas de la Bocana.

- ¡A vivir! – grito Fritz que sabía la velocidad con la que giraban las manecillas de su reloj metálico.

Viajó en un bus de línea en solitario en un puesto a la derecha. Recomendación de su madre. Ya no estaba con él. Murió y está libre de juicios. Ella no confiaba en el conductor ni en los que venían en sentido opuesto. Pensaba que ya habían dejado suficientes cadáveres en la carretera. Los árboles de la vía están llenos de lápidas y flores de plástico. Fritz siempre le miraba la cara a los conductores. Su mirada indicaba si saldrían en los periódicos del día siguiente. Ya nadie recibiría el telegrama si le pasaba algo. Fritz siempre llevaba su maletín en sus piernas. Valía mucho para él. La ropa de Fritz de

secado rápido venía en rollos dentro de un maletín azul. Envuelta en periódicos y bolsas. Dos pares de cada prenda. No era ropa de algodón. El ejercito le había enseñado bien. Llegó inútil a sus filas. Los apreciaba por eso.

- ¡Poco peso! - le decían los sargentos.

Los que se ruborizaban como los Flamingos Americanos y su cara era como la de los Carpinchos. Ellos se parecían a los Chavarrias. Las aves que cuidan los niños de la gente de ciénagas. Nos cuidaban a todos. Recomendaban la crianza de palomas de guerra. Las debíamos capturar de los parques. Esas aves se la pasan en la calle. Son grises y molestan al cura de los pueblos. Fritz pensaba en los Guañuses y en criar palomas en las azoteas de los edificios del Rodadero. Las aves negras que se alimentan de los huevos de otros y del comején. Pero Fritz ya no se acordaba de lo demás. Tampoco quería pensar en ellos. Vacío intencional de memoria dijo el matasanos. Solo recordaba que el maletín se lo habían dado cuando le rompieron la maleta en el extranjero. Ya no era soldado en esa época. Fritz alejó esos recuerdos. Miró al horizonte. Salían de sus ojos lágrimas cuando vio la mar. La ventana del bus dejaba ver el gran azul. Era diferente a otros mares. También se veía el carbón. Cormoranes y Pelícanos pescaban en la lejanía. Cerca, flores de colores y de lejos las palmeras ya

sin cocos. Casas deshabitadas de techos de teja de barro y algunas carpas azules. Los charcos en los terrenos deshabitados los visitaban aves acuáticas. Años atrás había jugado allí a la pelota con su madre y unos perros criollos. En las tardes antes del baño en la mar en playa Salguero en el Rodadero. Cuando llegó Fritz no tenía nada importante que decirle a los Samarios. Ni a los de tierras altas. No quería prestar dinero, deber favores, ser testigo de testamentos o terminar en la cárcel. Tampoco pagar cuentas de hospitales o caer en el suicidio. Al bajar del bus vieron que Fritz era alto, sin barba y no era tímido. Olía muy bien. Pretendía vivir muchos años junto a la mar. Como muchos después de sus estudios. Fue una decisión voluntaria. A Fritz le gustaba la comida local. Al principio lo afectó mucho la sal. Decían que era para que no se dañara. Le daban bebidas de café y limón de Minca. Lo había aprendido de su visita anterior. Se alojó en la casa de una familia de apellidos reconocidos. Algunos vivos otros llegando a menos por el abandono. Preparaban el domingo comida Árabe y la congelaban. La habitación de Fritz tenía dos camas y una ventana. Se podría ver la fábrica de gaseosa. La cárcel también. Los dueños invitaban en algunas ocasiones a comer a un indigente. O de quién sospechaban era pobre. Le regalaban camisas. Algunos se molestaban pero recibían el obsequio. También

obsequiaban sopa. Fritz veía eso los sábados. El resto de la semana Fritz solo veía a los dueños una horas. De noche. Conversaban en unas mecedoras con él. Las tenían en la entrada de la casa. Les intrigaba todos los libros que trajo Fritz. Novelas. También su lectura. Le contaban como algunos de ellos migraron al extranjero. Manejaban camión. Pero se fueron estudiados. Así era la élite. Se hablaba de los falsificadores de medicamentos. Revendedores de gasolina que muestran el embudo. Atropellados y peleas en la plaza de mercado. Héroes y rescatistas en las playas.

- Voy de voluntario al Cerro Punta Betín – les dijo Fritz. Sabía que no tenían talento y les sobraba impotencia para progresar.
- Usted sigue sin abandonar los estudios del mar – le dijeron – todavía recordamos su tentativa de fabricar Butifarras. ¿Ha vuelto a sus necedades?
- No desprecio lo que se hizo antes. La gente quería que yo fuera convencional y frio. Ofensivo.
- Usted se viste muy elegante para esta ciudad. Da la impresión que no lo afecta la humedad y no le falta el pan. Bajo el brazo. Ninguna mujer lo va a abandonar.
- Si. La gente se ha enterado. Soy humilde para ellos. Dicen que tengo una vida con sentido. Tranquila y con esperanza. Bienaventurado. Y que

tengo bonitos dientes. No necesitan ser hurgados – Fritz se sentó en el sofá. Le dolía la espalda. Esa gente no se cansaba de hablar.

- Sin matrimonio con mujeres de tierras altas dirán que usted no ha perdido la libertad. Ni pretende entender a la mujer. ¿O presiente que el anillo de diamantes no va a comprar el pan en la escases? No solo de palabras elocuentes se vive aquí. Ya lo estamos conociendo.
- Es de valor para mí la diferencia que una mujer hace con las otras. Sus palabras atraen y alejan a otros.
- Nosotros comprendemos a las mujeres tropicales mejor que nadie. Siempre dejan recuerdos muy agradables. También les gusta el alcohol. Compiten con los hombres. Luego por corto tiempo se visten de negro. Aquí el azar de la cuna no funciona en los matrimonios.
- Algunos pescadores no aceptan que sus mujeres hayan amado a otros hombres. Es curioso. Pero parecen ser felices.
- Vanidad Samaria. No más. Pero se llegan a conocer. Y hacen labor social juntos. Adquieren posición social y económica. A veces huyen al monte pero bajan de él. No se ahorcan fácilmente.

- He visto que crían hijas de otros pescadores. Ellas solo conocen a ese papá. En el colegio firman con otro apellido.
- Usted todavía no es robusto. Y parece atleta. Es atractivo y honrado. ¿Por qué no suda tanto?
- Un regalo de la mar.
- Su inteligencia es como la de un viejo de setenta años. La mar, la mar… solo vamos los domingos. A playa. Y nunca hablamos de eso.
- No he dejado de crecer. Le entro nuevas ideas a la cabeza. Por eso voy de voluntario. Nadie lee por eso de los ácaros acá.
- Aquí los hombres viejos siempre son niños. Aunque estén casados y tengan hijos. Y nietos. No les interesa tener una visión profunda de la vida. O aceptar el penetrante sufrimiento. Nadie piensa en la salud espiritual.
- Esperamos que sea generoso con su dinero y esté dispuesto a hacer favores. Un poco de discriminación no sobra. Solo entresemana. Puede mirar de derecha a izquierda sobre el hombro. Cuando camine puede beber un trago de ron y fumar cigarrillo. Camine erguido. Haga señas para que la gente crea que están dirigidas a ellos.
- Soy simpático al hablar. Solo puedo dar consejos y recomendaciones. Dinero no tengo. Serán años de

locura y felicidad. Lo que si tengo es un sombrero. Evito el sol.

- Usted es un bromista. No muy inocente. Es como un enviado del cielo. Usted nos alegra con sus palabras. No está mal conocer a gente de las tierras altas. Hay que enseñarle a beber.
- Para ahorrar en esta ciudad es necesario tener mucha suerte. Y no dar con gente de delantales limpios – Fritz empezó a pasar su dedo por la estampa de un santo que llevaba en el bolsillo. Había domado leones. Se quería librar de esa jauría que le estaba sacando información. Gente hábil.
- ¿Ha venido usted en momento de crisis? ¿Espera comer y dormir gratis? Si va a trabajar de voluntario no va a ganar dinero. Tendrá que conseguirse una escoba. De las duras. En la calle de los restaurante están buscando gente para colgar sombrillas. Un techo de sombrillas.
- No hubo necesidad que me compraran el boleto del bus. Pueden continuar tranquilamente fumando sus cigarrillos. Y bebiendo su vino tinto.

Quedaron boquiabiertos. Reino una profunda calma y el silencio fue notorio. Fritz pensaba que si no se metía en nada de sus asuntos no se preocuparían con él. Una aclimatación natural a la ciudad. Al puerto. Al Rodadero. Al pequeño mundo del voluntariado. No pedía

que hicieran nada por él. Ni en los altibajos. Pagaría lo que se comiese y donde viviría. Sería correcto en su comportamiento. Les haría creer que la suerte le permitiría conseguir un empleo. Un trabajo. Daría la impresión de estar preocupado. Algunas veces. Como los que tienen que volver a llenar la tumba. Hasta llegar al límite. Todo lo tiene. Les contaría lo ocurrido en el día como un novelista. Uno que escriba como telegrafista. Y haría su voluntad. Todo el día. Deseando ser útil en algo. Para él.

VIAJERO

Fritz volaba al sur. Deslizándose como un ave. El biplano de aluminio con pintura roja a la mitad lo llevaba a Cali. Al occidente también. La tierra de las farmacias, de riqueza, industria y pobreza. Fritz volaba desde niño. Con su familia cuando iba a Santa Marta en vacaciones de la escuela. Su padre siempre le dejaba hacerse en la ventana. Miraba las ciénagas. Eran muchas. Luego las nubes que formaban figuras. Se comía muy bien en esos vuelos. Pero ahora el bimotor con supuestos ganadores que habían cambiado sus puntos de vista, subía y bajaba con los caprichos del viento. A veces está de mal humor. O excitado. Se veían relámpagos a lo lejos. Parecía que le daban poder mágico a una pasajera. Se decía que encontraba promociones donde eran precios fijos. Algunos más atrás decían que olían gases etílicos salir del sitio del chofer y su ayudante. Había pasajeros que eran alcohólicos. Los sentaron atrás con los fumadores. Visajosos. No querían están en el anonimato. Luego hubo gritos, abrazos y aplausos. El barril de aluminio aterrizó con movimientos bruscos frenando en seco para no estropear el aparato. Agitó algunas vísceras. También el biplano estaba a presión como la cerveza. Las señoras hermosas decían que era novato el chofer. Pero que era virtuoso y un hombre puro. Fritz lo había visto algunas veces comiendo helado. Manejaba un carro

de funeraria. Prestado. En el avión todos estaban nerviosos pero se abrió la puerta trasera y entró el olor a caña. Dejaba su perfume azucarado en todo el biplano. Y en la gente. Las Gramíneas de Palmira, pensó Fritz. El aderezo para su café de cuncho. Al bajar la escalera las melodías salseras se escuchaban también. En los parlantes de una tienda vecina que vendía Cerveza Calima y el Biche. Al lado Cholao. Fritz había bebido antes una Lulada. Le gustaban las Pasifloras. También una fila de gente de otros aviones esperaba comprar un trozo de Manjar del Valle antes de salir del puerto de los biplanos. Azucarado. Dulce como el genio de su gente. No se puede dejar de comer, pensó Fritz. Así era Cali. La gente confiaba, se reían y bailaban. Siempre quisieron a Fritz. Decían que era simpático. Fritz miraba por la ventana derecha, luego la izquierda y la trasera del automóvil público que había contratado. El olor a caña seguía entrado por las ventanas. Llegaban las sombras. Tenía confianza en sus ojos. Vería la ciudad de noche y la recordaba de día. Se fiaba de su memoria también. Recordaba las ciudades cuando lo necesitaba. Y a sus conocidos. El chofer lo dejó en un hotel junto al terminal de buses. Se lo habían recomendado los de Punta Betín. Había escuchado en el vuelo que los ladrones de órganos lo visitaban de madrugada. Fritz siempre trancaba la puerta con una silla. También la cama la arrastraba.

No quería perder los filtros internos. El filtro del etílico. Nunca tuvo miedo. Tenía su cuchillo de pesca. Se había vuelto costumbre en la ciudad llevarlo en la cintura. En el amanecer la gente de piel caramelo lo hizo saltar por la ventana. Querían sus filtros. Traían hielo. Media hora después Fritz viajaba a Buenaventura. Un bus lo recogió. El puerto donde la mar se iba y venía. Donde llegaban hermosas muchachas a vender amor. Y había excelentes carniceros. Todos adinerados. Allí la mar era voluntariosa. Oscura. Llena de peces. Le gustaba dejar atascados los barcos unas horas. Los pesqueros. Ladeados. Inútiles. Luego la mar los revivía y sonaban sus motores. La gente se iba a pescar. Siempre iba contrabando en esos barcos. No era gente que andara derecha pero si habían visto el mundo. Llevaban etílicos y tabaco. Y periódicos viejos. Pero el agua en que flotaban esos mercaderes era olorosa. Obsequio del manglar. Y de la gente desgraciadamente pobre. Se percibía el vapor desde el antiguo faro de pared blanca y techo rojo. Ya no funcionaba. Dejó de brillar. El mercurio fue el culpable. Los capitanes fumadores con pipa se guiaban por instinto. No creían en las sirenas que tatareaban cantos de amor fiel. O se orientaban por las brisas que llevaban el olor a Piangua con camarón y huevo revuelto. Venían del Boquerón. Allí había ranchos, mesas y bebidas, entre cocoteros y árboles de mangle.

Su gente estaba entre carcajadas y palabras sabias. Colgaban globos de colores en unos palos sobre la calle. Siempre era una ocasión especial. Pero no tenían la gracia de tirar la casa por la ventana. A los vendedores de Piangua se les podía notar sus relucientes dientes. El regalo del pescado y el plátano. En ese lugar comió el Santo patrono de la ciudad. No había amasado fortuna y no conocía el derroche razonable y conocía el trabajo que estaba detrás. Se llamaba Juan. A él le encomendaban las benditas almas. Tenía una estatua en el centro. Construyeron un hotel en su honor. La Estación del peregrino. Reunía gente que tenía cualidades que no habían adquirido en la escuela. Fritz era un peregrino allí con un paladar muy refinado pero nunca soltaba la lengua. Era un sitio donde la gente olvidaba su pasado con la mezcla de etílicos. Y se iba su riqueza. Servían buenos cocteles. Siempre los cobraban. Un Cubano que había trabajado en el Floridita. Fue conocido de Ernesto en el juego de cartas y pagarés. Allí los huéspedes borrachos se iban al centro donde se vendía amor. Sonaba como aplausos. Duraban poco. Se podía repetir. Fritz aplaudió un tiempo con su cadera. Le gustaba la morena de ojos verdes. Era Barranquillera. Allí nadie dormía solo hasta el amanecer. Donde los aromas del amor se los llevaba el viento de los ventiladores metálicos. Tampoco los

españoles que fueron a buscar a Fritz al hotel. Trabajaba para ellos. La historia del diablo.

- ¡Fritz! – dijo el español canario. Vestía una guayabera blanca y un pantalón corto marrón. Había tomado Brandy después de nadar en la piscina con la agradable compañía de dos rubias.
- ¡Paco! – dijo Fritz tratando de beber un café Turco que le quemaba los dedos. Y alejando a una ninfa trigueña que le besaba las orejas. Tenía angustia de perder a su hombre al que amaba hace poco.
- Ya le conseguí un bote para ir al bosque de manglar. Lo prometieron. Creen que soy una persona muy influyente. Iré con usted para ver esas raíces.
- Allí los mosquitos entrarán bailando. Y los tábanos. Y se va a hundir en el barro. Mejor espere en el muelle.
- Solo atacan a los educados y a los de cutis suaves. Y a los de corazón generoso. También a los que no tienen importancia ni autoridad.
- No a los pescadores Españoles. No sufren de eso. Que son sencillos y de hospitalarias maneras, ¡Tío! Cargan monedero y prefieren pagar antes que irse a los golpes.

- No me arremede Fritz. Usted no está apaciguado. Hay que esperar al árbitro. Es una mujer de opiniones tradicionales. Nativa. No se deja engatusar. Ella cree que los arquitectos y los abogados han sido creados por Lucifer. Es astuta. Nosotros inteligentes.
- Este es un país desconcertante. Lleno de picardías para los Españoles. Y la árbitro que esperamos es de esa gente que dura toda la vida titulándose – dijo Fritz estirando los brazos y bostezando – es solamente vanidad de sabiduría.
- Usted es un verdadero oráculo Fritz. Su rostro no expresa nada. Usted es impasible. Un verdadero mestizo. Y parece que un gran psicólogo. ¿Qué comida venderán aquí?
- Y usted es un excelente Español Paco. Y apto para los negocios también. O a la idea que a usted le guste. Pero he conocido muchos peninsulares que esperan que sus padres cierren el ojo y cogerse el negocio familiar.
- Yo no quiero echar a mi padre de su nido. Yo quiero construirme el mío aquí. En Buenaventura. Aquí se come muy buena chuleta y pasta. Y otras viandas que se pueden devorar con placer.
- Mientras usted tenga dientes no va a dejar de comer Piangua. Y ahora que es verano hay menos.

Mejor beba vino para que se entone. Se sentirá feliz así.

- Usted es muy joven Fritz. Por eso no me desagrada. Sus respuestas son francas. No veo que quiera congraciarse con mi pueblo. Mejor tomémonos este agradable wiskey mientras empezamos el trabajo. Este etílico crea una atmosfera de elegancia.
- Está bien Paco. Seré benevolente con sus confidencias y ajuiciaré su proceder. Y no más leche con gotas de Coñac. Eso no alegra ni a la vaca. también debe dejar de hacerme tantas preguntas. ¿O es que me quiere desnudar la mente?
- Fritz, amigo. Por eso las rubias Bogotanas se enamoran. Su encanto aquí en Buenaventura es comparable con su ingenuidad. Aunque no sé cómo aguantan sus apreciaciones malévolas.
- Igual que diez y siete. El recolector de basura. Ese es su nombre. Así lo conocen. Se lo dieron por el número de cortadas que tiene en sus brazos.

Fritz y Paco bebieron durante seis meses. Etílicos de lo mejor. También examinaron las raíces del manglar. Trabajaron todas las mañanas. En las tardes dormían.

- Paco. El jabón y el agua son necesarios. Llegó navidad. Las heridas de las picaduras de los insectos pasarán desapercibidas.

- Un gran repelente es el etílico Fritz. Sus modales no. Ambos repelen a las trigueñas. Esas me gustan.
- Hay que pensar en uno mismo Paco. Eso es importante. Más que los antiguos odios y los nuevos amores.
- ¡Fritz! Suelte esas piedras. Hoy no vamos a apedrear a nadie. Ya somos solitarios. No testarudos.

Fritz y Paco recibieron en su mesa varias visitas de los compañeros de Fritz. Siempre empezaban discusiones fastidiosas y repetidas. La última fue sobre el lujo de tener una novia linda y el goce de viajar adornado de dinero. Habían estudiado en colegio religioso y su cabeza estaba llena de tonterías. Entre ellos hablaban sobre el precio de sus zapatos y la ausencia de lentejas en la comida. También de la ventaja de edificar castillos en el aire con la belleza de sus conocidas.

- Paco, esa gente no tiene amor propio. Son salvajes. El peor es Flavio que nos asfixia con sus abrazos apenas ve la botella. Además tiene una detestable voz. Y sus parábolas de éxito.
- Si. Tiene los brazos blancos por la pereza que le da ser jefe. Lo nombraron por las gafas. No tiene ni gracia natural para hablar. Espanta a las rubias cuando le muestra sus pies con siete dedos.

Parece un gato. De los del cementerio de Mompox. Los que se viven en las tumbas y se asoman detrás de las lápidas.

- Esa era Fabiana. Paco, usted se molestaba con ellos cuando pateaban los perros callejeros para que no les ensuciaran sus ropas.
- No son finas. Separarse de ellos tiene fundamento. Son voluntariosos. Para ser inteligentes necesitan diplomas y diplomas. No como la mar. Cualquier contradicción con ella tiene una fuerte explosión de olas.
- Mejor continuemos bebiendo. Que nuestro carácter no se llene de años. Ya en poco volveré a Santa Marta. Y podre darle a la vecina agua de Romero. A lo mejor le quite la falsedad. Ahora que todo ha cambiado.

Fritz y Paco antes nunca fueron presos de los carnavales de agosto o de los ritmos de Cuba y Puerto Rico. Se sentaban por las tardes en el bar del Hotel Estación o en el bar de Próspero. Luego a antigua Pilota. Si había suerte se iban con oficiales a comprar amor. Las más bellas Caribeñas. Si no, donde la marinería iba. Las más traviesas Francesas. Allí no se admitían curas con isopos. Ya se había colado uno antes. En esa época Fritz y Paco se trasladaron a Dagua. A el Cachipay. Una construcción rara. Ritmos

nuevos y etílico. Les daban una nueva visión del mundo. Ellos no contaban botellas. No solo divisar los manglares y la vía del tren a lo lejos. Siempre se veían cosas distintas aunque los años transcurrieran. Ellos veían lo lejano. El mundo. Impaciente. Iluminado y oscuro. Saturado de olores de infamia. Fritz y Paco ahora tenían cabellos grises. Se habían acostumbrado a casi todo.

BEISBOL

Las ideas del hombre se empolvan con el tiempo. Se tuercen como una pila de libros. O se van a lo lejos como una pelota de beisbol. A veces el jugador puede dar uno que otro roletazo. Eso fue lo que le pasó a Fritz. Tuvo muchas ideas. Intimas. Simples. De magia sutil. De un momento silencioso. Un gran acontecimiento cerebral. Su carburador estaba afinado. El mejor amigo en un mundo atemorizado. Pero a éstos los posee el olvido cuando pasa el tiempo. Se vuelven pobres. También a las ideas se las roban o las atrapan otras manillas. Eso pensaba Fritz cuando veía sus libros cubiertos de polvo. De las sombras del viejo tiempo. Muchos de ellos alejaron la oscuridad en su cabeza y sus páginas acariciaron sus dedos. Como amigas de manos suaves. El miedo a la muerte lo alejaban ellas. Ya no cuelgan como las uvas esperando dar sus aromáticos sabores. Se parte de algún papel y perduran con el soplo de vida que les da la tinta. Como los fragmentos de canciones de la radio. Ya no agitaban sus cabellos ni sus ojos ardientes. Esos libros de las ideas Fritz ya los había abandonado. Al abandono que Fritz había optado cuando le querían arrancar la cabeza. Fritz sigue vivo. Las ideas no. Fueron buenas al principio, después la gente las estropea. Igual que el relevo de un jugador. Las ideas comenzaron a llegar hace mucho a la cabeza de Fritz.

Era el inicio del tercer año de primaria. Escuela pública de señoritas. Era más barata. Nunca afectó su hombría como su padre nunca dejó sus libros de encuadernación en cuero rojo. Fritz siempre recordaba las historias que él le leía sentado en la mecedora. La escuela ocupaba dos manzanas y sus edificios viejos de paredes de adobe con tejas de barro, se edificaban en la mitad del terreno. También la biblioteca. La gran bodega de historias. Fritz fue un experimento en ese salón de clases. Una novela corta. La que los lectores esperan que el protagonista regrese cuando se ponga complicada la vida. Simplificada. Un escrito sobre un grupo de gente con gestos siempre guiaban los ensayos. Aprendices de maestras. Pero los escuelantes pertenecían a dos grupos diferentes. Tenían exigencias. Fritz era el jefe de uno de ellos. Los que querían alejarse de ese río que los quería arrastrar. El guiaba sus impulsos sin envenenar sus mentes. De eso se encargaba la maestra. Inculcando el deseo de las cosas que han prohibido. Ellos eran los que reían hasta que el que espiaba por la ventana avisaba que venía la maestra. Eran de su grupo. Llovía. La maestra cachetona llegó. Yo le decía Menudencia. Le gustaba quemar hojas de Eucalipto en un platón cerca de las ventanas del salón. Nunca se fijaba en los espejos de agua que se formaban en el patio. Decía que el humo gris era para correr el olor a escuelante. Solo

espantaba las palomas. Se oían cuando comenzaban su vuelo. Había una volqueta que tenía el mismo nombre. Una broma de amoríos de caballeriza. Sacaban los pupitres viejos en su platón y algunas tejas rotas que rompían los gatos. Los del otro grupo se sentaban rápido. Pero todos buscaban la aprobación de Fritz. Él era como un libro en Finlandés en una biblioteca Portuguesa. Había pocos volúmenes. Él era simpático para las muchachas. Decían que era su voz. No decía nada pero tenía un amigo. Ernesto. Jugaba con él cuando no estaba en la esquina del salón cargando un ladrillo. Un ladrillo rojo macizo. Era una crueldad solo para niños. Absurdo pensaba Fritz. El castigo para algunos traviesos. Los que besaban con pasión. Ya se conocían con los otros experimentos y apostaban dulces de paquete para quién durara más con los ladrillos. Hacían mucho ruido cuando intencionalmente los dejaban caer al suelo. La maestra sacaba la regla. La manejaba con gran habilidad. Había practicado el esgrima. Por eso llevaba un parche en el ojo. Ella pensaba que Fritz y su grupo eran rebeldes. Vagos. Siempre había más de un escalabrado cuando bateaban corozos al aire. Fritz facilitaba que robaran base. Las pelotas caían como bombas y hacían un ruido extraño. Los proyectiles redondos. Fritz siempre corría para que no lo señalaran. Por eso corrió rápido cuando le disparaban en el ejército. En aquella época

no había árbitros. Algunos de los proyectiles hacían explotar los vidrios. Era dinamita vegetal. Era el lenguaje de los rebeldes. Su idioma. Sin discursos. Sin acentos. Fritz aprendió a vestirse en esa época. Años de uniforme corto de pantalón azul y camiseta blanca. Eso era mejor que la ropa que sus padres le compraban. Durable pero sin color. Después de varias décadas las camisas con figuras que le recordaban la mar. Y los dos árboles de mango en el solar de la casa de su abuela. Los que veía después de salir de clases. Mangos dulces. Pequeños. Testigos de sus orígenes. Vecinos de la mar en la gran vía. Y aunque Fritz duró tres meses en esa escuela, nunca la extraño ni mostró interés en volver. No era el espacio si no la gente. No dejó lápida en ese terreno. Lo veía como un cementerio que captura a sus víctimas. Solo respeto y melancolía por su partidos de beisbol. Él quería ser de los New York Yankees. Su padre le había regalado una gorra azul con las letras blancas. Adquirió sus destrezas frente a la casa de unos vecinos. Eran tramposos y ambiciosos. Un lote desocupado que llenaban los nueve vecinos. Aquella escuela femenina no valía nada sin Fritz. La afición al beisbol se había ido con él. También su representación del ladrillo. Su delicadeza y refinamiento para cargar la arcilla cocida. Hasta creyeron que Fritz tenía un deseo loco de cargar ese peso. Siempre es una tontería

no pensar los beneficios del ladrillo en Fritz. Bateaba mejor. Amenazar a los demás estudiantes con el mismo castigo fue fatal. Nadie le sorprendió la partida de Fritz. Se alegraron. Fritz representaba un factor vital en ellos. En lo que iban a hacer décadas después. Fritz había endulzado sus espíritus con el beisbol. Se llenaron de sustancia. Esas cafeteras dejarían ahora salir el aroma del café molido. ¡El poder cambio de manos: Maestra! Ahora ella tendría que sentarse en esa jardinera con plantas espinosas. De flores rojas y lágrimas blancas. Y dejarse roer sus ropas hasta quedar deshilachadas. Nadie se atrevería a tocarla. Bases llenas. Todos a salvo. El ladrillo se encargó de dejar solo garabatos en esas mentes. La humedad y los ratones también ayudaron.

- Bienvenido Fritz – dijo el cura anciano director del colegio – Aquí cobramos con talonario. Y algunos nos palpita el corazón cuando llegan nuevos alumnos. Alcanzo a percibir una fragancia de tu cabello.
- No me gustan las sorpresas – dijo Fritz – Estoy aquí para aprender el básico. Y lo que huele es sudor.
- Puede confiar en nosotros. Aquí practicamos la oración para alejar la tentación.
- No quiero sentirme narcotizado con las oraciones.

- No. No. Solo conocerá los secretos de la oración. Puede acudir a ella cuando la desesperación de la juventud le resulte insoportable.
- De la escuela que vengo decían tener mucha experiencia con muchachos como yo. Decían que debía entregarme al estudio de la aritmética y dejar a un lado la conciencia.
- Sigo intrigado con su olor. Aquí sabemos cuándo los muchachos se vuelven hombres cuando cambia su olor. No cuando dejan de llorar.
- Serán días iguales y los recuerdos serán muy pocos. Repetidos. Eso decía mi maestra anterior.
- Ya se por qué ha venido. Vivirá muchos años y deseará seguir viviendo después de eso. Supe lo del ladrillo.
- No morí. Sigo bien.
- Bueno. Bienvenido. Iré a ayudar a un padre de familia. Su mujer se escapó con otro. Ahora se cree afortunado. Y no paga la pensión.

Fritz pensó que ahora podría gozar de la misma felicidad del beisbol. Ya ninguna sombra negra se interpondría. Sabía que el rector se parecía a los sobrinos de su tía. No le gustaban las muñecas. Pero Fritz no le daba la menor importancia a eso. Parecía gente que no veía defectos. Solo daban elogios. Fritz

no era vanidoso pero sí dejó un incendio en la otra escuela. Uno grande. Esas maestras eran gente caprichosa. Y Fritz dejó allá buenos amigos. También pensó que ahí podría haber más ladrillos que en la escuela. La hermosura de las rosas pasa y siempre quedan las espinas. Debía tener cuidado. Dudar de todos. Mejor tratar de no enredarse. No caer en los laberintos de la oración. Y si llegara a pasar, Fritz sabía que debía coger su maleta y largarse. Saltando esa cerca que había visto rota detrás de la piscina. Imitando a los rateros y estafadores. Y a los mozos descubiertos. Fritz sabía que había que huir como ellos. Seguir corriendo y anotar carrera. Fritz no era como todos los demás.

GRIS

- Hasta luego Fritz – dijo Ernesto – ¿Le gustaría ir a otra playa mejor?
- No Ernesto. Quiero pensar aquí al lado de este perro negro con patas blancas. Y rabo – dijo Fritz.
- Por aquí pasa mucha gente que no tiene saber ni oficio. Hacen cualquier cosa para poder comer y resguardarse.
- Bien. Yo tampoco tengo fuerza física ni dinero.

Ernesto se fue y Fritz miró la playa. Era de arenas grises. La mar las mezclaba con el golpe de las olas. Los granos negros y brillantes de los silicatos quedaban ocultos rápidamente con la espuma blanca. Luego todo regresaba a la mar. O lo intentaba. Mezclado y rodando lentamente. Fritz lo veía en las tardes en la playa de la Bahía. Él era un hombre bueno. La gente había sido mala con él. Lo señalaron de contrabandista de café de la Sierra hace unos años. Dijeron que vendió granos blancos sin la tostadura morena. Frutos insípidos y sin aroma. Ahora Fritz pensaba que era un hombre gris. Al menos su alma. Humedecida por la mar. No como la arena gris que se vuelve blanca cuando la mar reclama su agua. Muchos turistas lo saben. Todo cambia en la arena cuando la alejan de la mar. Así cambió Fritz. Lo llevaron lejos

de su felicidad. Sus pensamientos se volvieron negros. La maldad de las ciudades de montaña entró en él. Diluida en pequeños sorbos. Pero Fritz era bueno. Y malo también. Ahora sin merecer ser juzgado se sentaba junto a la mar. Los hombres pueden ser malos, buenos y grises, pensó Fritz. El contrabando fue eso. Bueno para los suyos, malo para las gentes y gris cuando el dinero ayudaba a sus harapientos amigos. Muchos vivían del contrabando en Santa Marta. Nadie de sus amigos le preguntaba de dónde venían las monedas. Y Fritz se sentía religioso con el gris y perdía la cabeza cuando empezaba a pensar en el negro. En todo caso Fritz no hacía más que pensar en ello: ¿Cuánto vale la vida de un hombre cuando es blanco, negro o gris? Y la arena de la playa le mostraba que todo dependía de la dirección. Como la corriente de Punta Aguja. Si a Fritz le importara lo que le sucediera a otros. Él quería ser humano, un poco. También pescador. Pero cuando se piensa en las acciones de los hombres, todo puede pasar a ser desagradable como los vidrios rotos escondidos bajo la arena. Una cortada siempre es mala. También el miedo al ver tanta sangre o a ser un tipo bueno con suerte. Y malo con suerte. Fritz solo miraba la basura mala al final del muelle que al quemarse para ser buena dejaba en el aire un humo gris. Eso de sentarse en la playa y ser filósofo es difícil, pensó Fritz. Solo pensar. Acordarse de los niños de la calle

del mercado. Almas buenas. Sus mordiscos no. Podrían ser venenosos dijo la policía. Así como la moral de la gente que señaló a Fritz. Moral Cartagenera con diferente elasticidad. Parecida al caucho blanco y delgado que llevan oculto las ropas interiores. Santa Marta es una ciudad de negocios, pensó Fritz. No hay grises en un negocio. Solo cuando el turista tiene agujereados los bolsillos de su pantalón. El dinero no deja que exista el gris. También el hombre se equivoca, juzga mal. Aquellos que tienen el aliento a Chulo pueden ser buenos. Como los Chulos que se comen la carroña. Mala para los vivos. Entonces Fritz dejó de preocuparse. Tuvo agallas en esa playa de la Bahía. Donde alguna vez hubo un pueblo de pescadores. Se dejó ir a la deriva. Arrastrado por el pez que mordió el anzuelo lejos de la corriente. Sus ojos ya no expresaban descontento. Sonreía con sus labios. Y Fritz vio en el horizonte unas aves que mataban peces. Matar es malo, pensó. Morir de hambre también. O al menos eso dijeron los migrantes. Esos cambia las cosas pensaba Fritz. A que ser vivo se mata para no morir. Se decide ser bueno o malo. Se saca lo que está adentro. Aunque uno sea pobre, solitario y un tanto aniquilado. Entonces se complican las cosas donde uno vaya. Pero el diablo se viste de blanco en el malecón y usa sombrero negro. Y fuma su tabaco dejando ir su humo gris con la brisa de la Sierra. Llega entonces

la lástima por los demás y el humo no deja ver si eran buenos o malos o grises. Fritz seguía sentado en esa playa. Pensaba. Tener lástima es peligroso, pensó Fritz. El egoísmo también cuando se mezcla con la fama. O la ingenuidad involuntaria que formas los padres y no deja distinguir lo bueno y lo malo. A Fritz se acordaba que le tenían afecto en la casa de la Avenida Santa Rita. Después no, lo detestaban. Una palabra lo cambio de bueno a malo. O se aburrieron porque Fritz fue distraído y olvidadizo con alguna fecha de cumpleaños. Pudo haber sido porque Fritz es un mal artista. Sus pinturas de la son malas. Los críticos decían que no era un artista atrevido. Que ser así es requisito para la vida. Fritz pensaba que así se podía llegar ser malo. Fritz seguía sentado en esa playa. Desde el principio no había tenido mucha esperanza en saber si era un hombre gris. Pensaba que ese de lo bueno y lo malo era una fábula que llegaba a su mente por ausencia del amor propio. La gente también esperaba que Fritz fuera malo con su prójimo, sin descanso. Fritz estaba harto de las riñas. La gente creía que él era violento y malo porque vivió muchos años en un rancho miserable desprovisto de vegetación a su alrededor. Las botellas vacías apiladas a la entrada lo hacían parecer un borracho malo. Pero las cabras que tenía Fritz en el solar trasero lo hacían un hombre bueno para los Guajiros

que pasaban por allí. Fritz seguía en la playa. Se había acostado en la arena. Pensaba que ser bueno le tocaba hoy y mañana sería malo, y así por turnos. Es posible que así se logre ser medianamente feliz viviendo en la costa Caribe. También el descubrimiento de que Fritz pudiera ser bueno y malo al mismo tiempo agradaba a muchos. Un idiota insensible. Como aquel joven Barranquillero que comía en una casa y dormía en otra mientras le llegaba la pensión. Fritz pensaba que el paso de malo a bueno y viceversa era una forma de soportar la monótona existencia del hombre. Algo con que matar el tiempo. Recordaba esas arepas Antioqueñas del Rodadero sin sal que requieren de la mantequilla fresca para poder ser comidas. Después Fritz quedaba harto de esas arepas malas y nunca volvía a comerlas. Comía mejor buenas arepasdehuevo Samarias. Hechas con huevos frescos, buenos, no con huevos viejos y olorosos. Fritz entonces pensó en esa playa si el hombre pasa de ser fresco a oloroso con el tiempo. Como la gente que lo señaló de contrabandista. Los que se hacían nombrar los dueños de la guadaña que ciega los campos y las sábanas de Bolívar. Los que se molestan con los vagabundos y los atrapados por los alcaloides del Catatumbo. Aquellos que fueron buenos y ahora son malos delante de los templos de la caridad. Son tan malos que el ruido que hacen al caminar hacen erizar los perros. Y que se

suban a la barda a latir. Por la playa pasan muchos vagabundos, pensó Fritz. Hacen latir más rápido el corazón cuando se llevan la mano a la cintura en busca de su cuchillo. La playa ya no era segura para Fritz. Había sido buena en el día pero llegó la noche. Ahora era mala. Sus talentos e inteligencia superior que le habían permitido no ir corriendo detrás de las cabras ya no le servían. Debía alejarse como se alejó de la gente buena que llegó a comprar sus tierras baratas cuando le faltó el dinero y se llenó de calamidades. Era gente buena más vieja que Fritz que siempre le regalaban cosas para atarlo a ellos de alguna manera. Fritz no aceptó en esa época sus ofertas y se volvió malo para ellos. Fritz caminó hacia la parada del bus. Pasó caminando por una tienda donde la gente buena y trabajadora del día tomaba el malvado licor etílico de la noche. El de bajar la calor. Pero a diferencia de los asesinos extranjeros, Fritz sabía que esos bebedores tendrían nuevas oportunidades en el día. En esa tienda había un avance y retroceso del gris. De pronto Dios logró en el mundo encajar una piedra perfectamente en un hueco, pensó Fritz. Muy fácil para él. O dejar que lo bueno y lo malo se asentara lo más firme posible en el alma humana. De todos modos Fritz sabía que los borrachos ni dicen si ni dicen no. Solo se ríen. Y la risa puede significar que en este mundo no exista gran diferencia entre lo bueno y lo malo.

Para Fritz los delincuentes ahora no son feos. Los había visto rondando el puerto. Sin cicatrices de cuchillo de viejos desacuerdos ni parches en el ojo. Tampoco con pata de palo y loro campanero en el hombro. Fritz sabía que muchos de ellos, los que viven en la vía a Taganga, habían vendido las ilusiones de sus familias. Decían que los pillajes los habían convertido en hombre mejores. Con buenas garras. Fritz ya se alejaba en el bus. Con su quejumbroso pito que el chofer hacia sonar a cuanta dama veía en el camino. Fritz pensaba que era algo quejumbroso que le impedía alejarse de su madre. Tal vez muerta hace años. O viva y cobrando una jugosa pensión.

RESCATE

Y así fue como Fritz volvió. Renovado.

Era el inicio del año. En fortuna no era bisiesto. La gente había prendido sus faroles y ya estaba descolgando sus adornos rojos. Y habían quemado al último político. O a esa personalidad que merece ser quemada. Por eso la pólvora empaquetada dentro de ellos duraba un rato explotando. Costosa. Luego la olvidaban. Cada vecino había contribuido con algo de ropa vieja y el más talentoso era el que le hacía la cara. Después de unos cuantos fermentos de caña y hacia la media noche del pasado 31, el vecino más valiente amarraba al Carrancio en el poste de la luz. Luego llegaba la de los fósforos. Siempre quiso ser pirómana. Y ninfómana. Sus ropas la delataban. Su vida había sido como la llama que se consume en un fósforo. Los aguerridos sin sentido para los negocios que pronto se enlistarían en la milicia, veían de frente las explosiones del muñeco. Les gustaba la alegría de los primeros momentos. Luego entendían que era una pesadilla para los perros. Y algunas vacas. Los demás se escondían en los patios. Esos que no se atrevían a confiarle al fuego las cosas íntimas. Algunos tenían la cabeza en punta. Así también eran sus ideas. Fritz lo sabía. Llevaba algunos días en la ciudad de las montañas. Donde hay estatuas que suplican el retorno al Edén. Donde el conocimiento y algunos pecadillos

de la carne llenan de polvo los cabellos. Fritz ya tenía el cabello canoso. Volvió a probar el tamal y el chocolate. Comía a trancazos para darle sentido al sabor. Había viajado en bus dese Santa Marta antes de las fiestas con gente desconocida. Aquellos que no quieren ser presa fácil del demonio. Retornaba en busca de agua y poco calor. Su piel acanelada era propia de una larga temporada en la mar. Su vestimenta también. El creía que así había que vestir. Y vivir. Sin recompensas para después. No quería oraciones después de su muerte. Sus ojos solo traslucían la alegría y travesuras con las muchachas de Tolú. Las que no mostraban temor a Fritz. Olían ha coco. En una ocasión había limpiado ostras. Tenía buena musculatura obsequio de la pesca con Trasmallo y unos ademanes que mostraban finos refinamientos. Nunca lloraba cuando estaba solo, excepto cuando era estafado por un charlatán. Las conversaciones muy generales que tenía eran muy educadas y siempre declaraba que estaba de paso. La mar siempre lo llamaba. En otro tiempo no habría considerado volver a la montaña. Los que los veían y lo conocían se santiguaban y hacían una oración por él. También lloraban. Y otras se arrepentían de haberse casado con el primero que pasó. Se habían obligado a querer. Fritz seguía soltero y sin melancolías. No le gustaban las tonterías del amor que tenían la gente de las tierras altas. Eso de

arrojar las medias y los calzones en la primera pelea no era del agrado de Fritz. También arrojaban platos y planchas. En estas tierras los celos se extendían como una epidemia. Estar tanto tiempo ausente se había desacostumbrado de la forma hostil de la gente de las tierras altas. Y de los chismes. La forma de saludar de Fritz solo les decía que en su ausencia no había pasado una vida de penitencia. En aquellas épocas anteriores siempre decían que su mente se encontraba en la lejanía. Algunas vecinas decían que no se arrepentían de haberse casado con plomeros y electricistas porque siempre los podían vigilar. Con Fritz era distinto. Había aprendido a hablar poco y a disimular. Ahora estaba parado frente al circo de su amigo.

- Fritz, ¿de dónde es?

- No sé.

- ¿Para dónde va?

- No sé. ¿Por qué brilla Ovidio?

- No sé. Siempre fui así.

- ¿Me puede ayudar?

- Sí. Está bien.

- Sigue brillando Ovidio.

- Fritz. Amigo. Se puede quedar en las carpas de los artistas de mi circo. Un circo como la vida.

No hay literas porque tuvimos un problema con los chinches – dijo Ovidio revisando la alarma de su reloj de muñeca – Estos dos árboles le darán fresco y guiarán la brisa a usted. Y podrá ver el brillo del sol en las hojas. Instale su hamaca con toldillo. Podrá respirar verdaderamente. Encontrará la alegría dentro de usted. Lentamente.

- Me gustaría estar completamente solo – dijo Fritz – Acabo de llegar y no quiero comprometerme. Tampoco me voy a quitar la ropa. Dormiré con ella. Por si acaso.

- Aquí no hay fieras sueltas. La gente que está aquí ha sido víctima de alguien más. Si, hace frio en la noche. Hay un termómetro colgando en ese árbol. Esta carpa es un templo de virtudes. Aquí nuestras vidas no van con el calendario. Ni nadie hace lo que el otro dice. Las culpas no tienen valor. Así no seremos olvidados. Nadie lo va a molestar ni queremos saber qué pasa en sus adentros. Y como no es famoso aquí puede aprender

- Quiero olvidar. Como los que indultan y salen de la cárcel. Los que cuentan con suerte de no mezclarse en conversaciones ajenas.

- Amigo Fritz. En esta vida hay que estar resucitando. La velocidad del tiempo no da para

esperar los tres días. Además debes estar alegre de estar aquí. Solo viva el presente Fritz. Puede anticiparse, pero no tanto. No busque más caminos.

- Se que estoy vivo. Un poco aquí y en las tinieblas. Acabo de venir de la iglesia. Arrojé unos cuerpecitos al Señor de los Milagros. Había gente con mejor puntería. Habían quedado enredados en la corona de espinas. También me compré un crucifijo. Tiene la medalla de San Roque. Y la novena de José Gregorio.

- Debe recuperar el tiempo que uso con las mujeres y el etílico. Y olvidar a los presumidos del Cerro. ¡Aprenda varios oficios Fritz! Sabemos que nadie le dijo que una profesión no es suficiente para vivir. Mañana empezará a cambiar. ¿Creía que esa gente era diferente? ¡Son la misma mierda con diferente acento! Recuérdelo siempre. Diferentes son los lugares. Además usted no ha acabado con su fortuna.

- Las sombras están allá y acá. No me gusta hablar de ellas. No les tengo miedo. Tengo ese odio asesino. Son estafadores y ladrones. Delincuentes. Causan opresión en el pecho. Podrían ser diferentes pero no lo son. Y como no hablo de ellas creo que permanecen más. Son gente de aguas poco profundas.

- Las palabras no rompen huesos Fritz. Menos las banalidades. Ni en las pesadillas. Cuando se sienta mal mire al cielo. Vea las estrellas. Compárelas con las sombras. Y todos seremos insignificantes. Aún más las acciones. El valor y el esfuerzo que nos hacen valientes brotan como un manantial desde nuestro interior. Solo escúchelos.

Los de la carpa recibieron a Fritz con cierto desagrado. Intentaron vivir pero no lo lograron. Su vida llena de peros los llenó de frustración. El menor ruido los alteraba. Y Fritz se tropezó con unos baúles viejos que estaban junto a la entrada. Estos contenedores habían viajado por medio mundo. Sus etiquetas lo contaban. En ellos había ropa vieja cuando sus dueños eran de otras tallas. Engordaron. Algunos por sus títulos de nobleza y otros por la alimentación que les permitía su pobreza. Viejas fotografías de los que ya se habían acostado en esa carpa. Todo estaba quieto. Dormido. Habían tomado un té de hierbas medicinales. Producía un sueño profundo y reparador. Calmante. Alejaba las ideas peligrosas. Otorgaba el perdón a los enemigos y a los familiares. A las políticas y la rebeldía que expatriaban a los jóvenes. Hacía que se aferraran a la vida. Como los moribundos que recordaban su nacimiento, el matrimonio y sus tierras. Habían llegado a la conclusión hace

mucho que querían vivir. Lo más que se pudiera. Dentro de una moral que no suprimiera lo agradable. Por eso preparaban el té en un perol de hierro negro con tapa azul. El que vendían los gitanos de Girón. Lentamente el fuego sacaba de ellas sus virtudes. Lo bebían en unos pocillos de arcilla. Los chorotes. El té los hacía olvidar lo que le habían hecho a otros. Y Fritz se había perdido la mejor parte. La cena con ellos. Era un momento extraordinario en la mesa. Hablaban de varios temas. El chocolate los volvía felices. Le habían agregado clavo de olor y canela en astillas. También sabían quién era Fritz. Habían escuchado las historias. La magnifica vida que había tenido. Escucharon que conoció la iluminación. Parte de ella. Como esos libros de los que solo se leen unas páginas. Sabían que se levantó de las cenizas en medio de la oscuridad asomando sus huesos en esa tierra seca junto a la mar. Lo admiraban pero no querían ser como él. Lo que todo hombre debe hacer. Durante los años siguientes le enseñaron varios oficios. Útiles. Ahora podía volver a Santa Marta. O a dónde él quisiera.

SOLITARIO

En un pequeño bote de madera Fritz intentaba atrapar un pez. También recordaba lo que una vez fue. El sol ya estaba al final del horizonte azul. El pequeño radio entonaba melodías que se mezclaban con el zumbido de algunos mosquitos. Fritz amaba la mar. Veneraba a los peces. Como un bastardo ama a su padre. Impaciente por recibir afecto. El que lo molesta con su presencia. Se ama sin ser parte. Y nunca se llega a tener la satisfacción de recibir el cambio de un billete. Aquel hombre vanidoso que aquella tarde le gritó bastardo. Le alzó la voz sin mirarlo a la cara. No se equivocaba. Era una palabra arrogante. La vecina también lo creía cuando amenazó a Fritz con clavarle unas tijeras en el cuello. La herramienta de la modistería. Mujer tímida que tomó ventaja de Fritz por ser un joven aturdido. Fritz supo aquel día que en el mundo habría gente que podría hacerle daño. Pero el insulto lo había perturbado más. Fue la palabra la que lo aturdió. Y quien la pronunció. Venía del que amaba y admiraba. Del que le había contado esos cuentos maravillosos en las noches antes de dormir. Palabra de aquellos que se han procurado dinero con los años. O prestigio de sangre y tierras. Dicha por los que no esperan la contestación a las preguntas. Fritz ya estaba acostumbrado. Había notado el desprecio desde hace años. Y la admiración que le tenía a la gente por

tal arrogancia. Fritz ya no era tan susceptible ni se ofendía con las palabras de la gente. Los que argumentaban que tenían algún derecho sobre Fritz. Ninguno de ellos le quitaba el apetito ni habían sido capaces de moldear su actitud espontánea. A las dos horas Fritz ya había olvidado la palabra. – Escucha Mar: Es una suerte estar flotando sobre ti – dijo Fritz. Una botella de vino iba y venía en el piso del bote. Las olas la mecían con suavidad. Todavía conservaba el corcho. Fritz no estaba borracho. La mar era su confidente. A la que se le podía contar todo. Un confesor sin sotana que también cobraba víctimas. – ¡Eres bella y terrible. Llena de enigmas y repleta en los deltas de las contradicciones de los hombres. También me das esperanza en las crestas de tus olas! – dijo Fritz. Por eso el alcohol le suelta la lengua a los marineros. También les hace asimilar las opiniones de los otros. Fritz todavía podía oler la sangre de los peces en el piso del bote. También algunos golpes de los que se negaban a morir. Pero Fritz sabía que su voluntad se impuso sobre ellos. Los amaba cuando estaban vivos y detestaba sacarlos con su anzuelo. Recordó a sus padres. – ¡Escucha mar: La vida es inseparable de la muerte! – grito Fritz - ¡Y los hijos de sus padres! Fritz sentía deseos de volver a ver a los peces vivos en el agua. La palidez de los peces en el piso alejaba rápidamente los colores que

había visto Fritz en el agua. ¿La gente del puerto pagará lo correcto por el alma de cada pez? – pensó Fritz – A lo mejor perder un alma es como perder a un enamorado. Le ocurre todo el tiempo a las mujeres. Y a los marineros. El azar que lleva al pez al anzuelo debe ser equivalente al azar de las pasiones. Y un bastardo siempre va a querer morder ese anzuelo. Siempre quería hacerse daño. Poner en peligro sus pensamientos y sus sentimientos. Fritz le había quitado a los peces su libertad. La mar les había dado alimento. Ahora la mar estaba llena de una oscuridad intensa. Como la que tuvo Fritz aquella tarde. Pero la palabra no impidió que Fritz realizara sus hazañas. No perdió su libertad. Como la gente del puerto solo ve a los peces como aritmética, subastas y cuentas – pensó Fritz – los peces no están solos en la mar, no son desgraciados. El vino había hecho que Fritz hablara como un artista de la mar. También hacia que la gente se viera como ingeniosa. Era la única forma de que Fritz no experimentara una sensación de disgusto hacia ellos. Que olvidara sus sonrisas retadoras cubiertas por la vanidad. La mar empezó a golpear el bote de Fritz. No lo dejaba dormirse. Lo despertaba levantando un poco su proa. La mar no complacía a los hombres en todo. ¡¿Desde cuándo quieres mi compañía?! – le grito Fritz a la mar - ¡¿Acaso no te aburres de mí? Soy igual a los otros

hombres! Yo te visito todos los días. Y te maltrato como a un bastardo. A veces veo que quieres estar sola. ¡Tus olas hunden botes y matan como mis anzuelos! Fritz guardó silencio. La mar seguía golpeando el bote. Ese pequeño cajón de madera que hacía feliz a Fritz. Donde había conversado muchas veces con su amiga. Aunque ella podía asesinarlo, Fritz sentía aprecio por ella, agitaba su corazón. Pasaban juntos muchas horas. Bailaban a veces. A veces Fritz se sentaba y lanzaba varias líneas. No se llenaba de pensamientos. Y el bastardo había ganado. La mar había devuelto el bote de Fritz a la playa. Intacto. Fritz miró la botella. Y los peces. Sonrió al ver que el etílico podía disminuir el efecto de la muerte. Aunque no le gustaba tomarse fotografías ni presumir que en las tardes se sentaba en la playa, no estaba ausente como la mayoría de la gente. El bastardo podía regresar todos los días. Ver el momento más afortunado, el final y la disolución del día en las aguas de la mar. Luego la llegada de la noche donde sus hijos ahora son como los anzuelos. Bastardos con afilados dientes que a veces saborean las extremidades de algún borracho. Son exquisitos y fugases momentos que Fritz podía ver cuando la Sierra soplaba en su rostro. La mar le había permitido que Fritz encontrara el verdadero sentido espiritual de la vida. Eliminara la necesidad de un padre y la

búsqueda del perdón. En la mar todos son bastardos. Miles de gotas en un gran cántaro azul.

FIN

Dedicado a mi familia.